

El complejo mundo capitalista que rodea a Cuba socialista 2da parte

Por Orlando Cruz Capote *

Las guerras culturales de la contemporaneidad.

Las interrogantes acerca del por qué y para qué asumir estas disquisiciones problemáticas acerca de la tergiversación y falsificación consciente de las verdades informativas, noticiosas y expositivas-interpretativas de imágenes y símbolos que se transmiten -maniqueamente- por los mediáticos capitalistas planetarios, se puede responder al comprobar que nos estamos refiriendo a un singular y decisivo campo de batalla socio clasista e ideo político contemporáneo, el cual se está decidiendo a favor del capitalismo transnacional: el control de las mentes humanas a través de las renovadas “Guerras Culturales” del siglo XXI, que ya tuvieron sus antecedentes en la pasada centuria. (1)

Un estudioso cubano, el Dr. Eliades Acosta Matos (del que hemos tomado extensas notas e ideas, después corroboradas en las búsquedas de los documentos primarios, y actualizadas para este artículo-ensayo), plantea que estas conflagraciones “[...] nos remiten a la lucha de clases y a la contraposición de ideas a partir de cosmovisiones enfrentadas, pero en especial, a los valores que se atacan o se promueven”, (2) y dando por confirmada esta tesis añade - pero con algunos agregados del autor de este artículo- que es precisamente en el espacio de esos valores, como en los juicios, principios y criterios críticos, donde se condicionan, directa e indirectamente, las formas de pensar propias, originales y creativas, y las actitudes prácticas de las personas, individual y colectivamente, así como su activismo, su actitud ante la falsa neutralidad y el nihilismo, la toma de conciencia política e ideológica a favor de la capacidad de resistencia, el enfrentamiento activo y las posturas dialógicas asumidas críticamente ante las diversas civilizaciones, culturas, las religiones y las filosofías.

Y como los valores se heredan, se adquieren y se pierden de acuerdo a los esfuerzos que se realicen para re-crearlos, reforzarlos, cambiarlos y anularlos, son en ellos donde se pueden medir y probar los impactos de la propaganda cultural-política e ideológica, la publicidad comercial, la educación, las campañas mediáticas y la promoción del arte, la literatura y, en fin, todo el empeño que se ponga en los enfrentamientos culturales que son por supuesto ideológicos y políticos. Porque en estas luchas socioclasistas, a fin de cuentas, se expresan, mejor que otros campos, los cambios ocurridos en los mecanismos de penetración, dominación, hegemonía y reconquista del imperialismo.

Hace exactamente dieciséis años, en 1995, Ignacio Ramonet lo exponía en un artículo denominado “El pensamiento único”, en el cual escribía, “[...] En las democracias actuales más y más ciudadanos libres se sienten maniatados por una especie de doctrina viscosa que casi, imperceptiblemente, envuelve todo razonamiento rebelde, inhibiéndolo y paralizándolo [...]. Esa doctrina es el pensamiento único, el único permitido hoy por una invisible y omnipresente policía de la opinión. Después de la caída del Muro de Berlín, del desmoronamiento de los regímenes comunistas y la desmoralización del socialismo, la arrogancia y la insolencia de este nuevo Evangelio ha alcanzado un grado tal que puede ser calificado de dogmatismo moderno”. Ello,

continuaba, no es “[...] más que la traducción, en términos ideológicos, de la pretensión a la universalidad de un conjunto de fuerzas económicas, particularmente, del capital internacional. [...] Sus fuentes principales son las grandes instituciones económicas y monetarias [...] las que mediante sus financiamientos enrolan a su servicio a las ideas que producen por todo el planeta, los centros de investigación, las universidades, los medios de comunicación [...]. Ese discurso anónimo se produce y reproduce través de los principales órganos de información económica (...)”. (3)

Era lo que más tarde llamaría el Subcomandante Marcos, líder del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), en México, como el “Canal Único”, no importando -y sí significando mucho para los amos- los numerosos satélites en órbita terrestre, televisoras privadas y públicas, canales de cable, estaciones de radio, periódicos y revistas en formato de papel y electrónico, páginas digitales, DVD, CD, multimedias, celulares, iPOD y buscadores de información, entre otros medios existentes, y a los que múltiples usuarios tienen acceso, ya que el mensaje es enviado con un “neolenguaje” que, impresionando por sus diferentes matices, variadas metáforas descriptivas e interpretativas y “disímiles” formas de elaborar y presentar los materiales, sin embargo, persiguen un mismo objetivo y sentido-contenido, un singular patrón, una idea esencial: mediatizarlo todo, domesticar, adocnar el pensamiento y paralizar la acción transformadora, persuadir y convencer que el capitalismo es el sistema socioeconómico y político ideal y único. “¡No hay alternativas!...” al capitalismo, exclamó en plena euforia triunfalista, la “Dama de Hierro” británica, Margaret Thatcher, a finales de la década del 80 y en los inicios de los 90.

El pensamiento único y el canal único se rigen por el principio de la supremacía de la economía capitalista sobre todas las esferas de la vida de la sociedad, defendiéndose ese “determinismo” en nombre del realismo y el pragmatismo. Los conceptos claves de esta unicidad son: el redimensionamiento del Estado con la disciplina fiscal, la priorización de los gastos públicos o más bien su reducción por las entidades gubernamentales (sistemas de salud, educacional, asistencia y seguridad social), el mercado salvaje con la panacea de la ley de la oferta y la demanda, la competitividad, la liberalización comercial bajo condiciones monopólicas, la inversión extranjera directa sin límites pero en el sector privado; la privatización propiamente dicha de todas las riquezas tangibles e intangibles de las naciones, la desreglamentación y la desregulación, lo cual lo lleva a concluir que se concurra a una “drástica” reducción del Estado - el achicamiento de sus prerrogativas, funciones y restricciones en sus acciones planificadoras y controladoras públicas- y a la corrupción -negación- del concepto de Nación, así como la máxima apertura para la importación de bienes, servicios y la entrada de “capitales de riesgo” (también los denominados “golondrinas”, más la famosa “rueda de “casino” keynesiana), la liberalización, la globalización del dólar (ahora debilitada por la crisis actual) y la implantación de una soberanía limitada.

El más “puro” neoliberalismo elaborado por los denominados “Chicagos Boy’s”, a la cabeza de los cuales se encontraban economistas burgueses de renombre como Milton Friedman, Arthur Laffer, Jude Wanniski y el mentor quizás de todos ellos, el filósofo, jurista y economista austriaco Frederich von Hayek. Un pequeño párrafo escrito por este último, define el pensamiento de todo el

instrumental neoliberal: “Simplemente a la gente no le gusta pensar que ellas y sus hijos están a merced de algo que escapa a su control: el frío e invisible mercado. Como si todos no estuviésemos a merced del frío e invisible universo. Mi filosofía básica no es un plan (humano) deliberado, sino la supervivencia de los grupos más aptos; lo que ha engendrado la cultura y la civilización”.

Y aunque algunos políticos y académicos de izquierda hoy señalan con optimismo que ese neoliberalismo ha sido derrotado, la realidad demuestra que solamente ha fracasado y perdido algunas batallas pero que sigue vigente y actuando en las sociedades, aunque muchas veces disfrazado con tácticas liberales, intervencionismos estatales muy neo-keynesianos, y frases ampulosas mediatizadas. Todo un híbrido de ideas y acciones en el campo económico, financiero y monetario.

En esa línea de pensamiento y acción se encuentran los grandes planes de firmas de acuerdos leoninos desde los ángulos económicos, comerciales y financieros, así como de libre movimiento de capitales y personas (más la reducción de aranceles), que promocionaba, por ejemplo, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), -y NAFTA, por sus siglas en inglés-, firmado por EE.UU., Canadá y México, en 1994, y luego el fracasado proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), los cuales han conducido a demostrar la ineficacia del primero, en que el gran perdedor ha sido México que pasó de exportador a importador neto de grandes mercaderías estadounidenses y canadienses; y a que en la IV Cumbre de las Américas, acaecida en Mar del Plata, Argentina, en 2005, el ALCA fuera considerado un proyecto muerto, al oponérseles, en primer lugar, el gobierno bolivariano de Venezuela, sumándoseles Argentina y Brasil, que no aceptaron sus bases desiguales, planteando que los EE.UU. debían cesar con los subsidios a sus productos agrícolas, el logro de un acceso real y equitativo a los mercados y rompiendo con la hegemonía norteamericana en la propiedad intelectual y las patentes que no permitirían inversiones y desarrollos tecnológicos de punta en la región. Sin embargo, los intentos por imponer acuerdos han continuado bajo los Tratados de Libre Comercio (TLC) regionales y entre países (bilaterales), siempre entre las naciones del primer mundo y las del mundo periférico subdesarrollado. Sirva de ejemplo, los acuerdos firmados entre EE.UU.-Centroamérica y República Dominicana (DR-CAFTA), más los que se aprobaron con Chile, Perú y otros países latinoamericanos-caribeños.

Y todo esa estrategia y táctica, lenguajes y significados, se ensamblan en los principales centros de poder capitalistas mundiales, los cuales han dejado de ser únicamente los representados en la Comisión Trilateral (los Estados Unidos de América, la Unión Europea (la Euro Zona es un subsistema más importante) y Japón), el Grupo de los 7 (EE.UU., Canadá, Alemania, Francia, Reino Unido, Italia y Japón), o de los 8 si se incluye a Rusia, para añadir además al Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Asociación del Tratado Internacional de Aranceles y Servicios (GATT), luego la Organización Mundial del Comercio (OMC), la Organización de Países de Desarrollo Económico (OCDE), el Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) y de Patentes Intelectuales, las empresas transnacionales de raiting -quienes por las calificaciones que otorgan clasifican, positiva o negativamente, a los países por sus riesgos económicos y financieros-

y las 700 más grandes corporaciones monopólicas transnacionales (cerca de 500 tienen sus casas matrices en los EE.UU.); así como las fundaciones, los Think Tanks (tanques pensantes) e instituciones académicas que forman parte de ese entramado que es el poder imperialista planetario. (4) El Grupo de los 20 (G-20), con un rol que, inicialmente, parecía ser diferente, ha centrado sus acciones en pugnar, dentro de ese grupo predilecto de naciones emergentes, esa hegemonía capitalista de los más fuertes. Algunos miembros destacados de los BRICs, están luchando abiertamente por el advenimiento de una reconstrucción de la arquitectura financiera internacional, sin atisbos de un proyecto real antisistema para recomenzarla, hacerse miembros del Consejo de Seguridad de la ONU -con el derecho al veto incluido-, participar en una nueva repartición recolonizadora (o neocolonizadora) de los recursos naturales y humanos y fomentar una multilateralista hegemonía mundial selectiva, sin mucha cabida para las naciones más pobres. (5)

El vocabulario conceptualizador del capital transnacional es sometido a la circulación reiterada por los medios de comunicación masivos -mediáticos- con una fuerza intimidatoria que logra anestesiar las conciencias, convirtiéndose en armas de control, parte de toda una ingeniería de la persuasión invisible, mediante la publicidad, los sondeos y el marketing. Las herramientas futuristas de la información y la comunicación sirven más para el condicionamiento y cerco de los ciudadanos que para su emancipación.

Lo peor del problema tratado es que, sin embargo, las fuerzas conservadoras y reaccionarias del sistema de dominación múltiple del capital (6) no temen hablar, escribir y utilizar los campos y términos progresistas sobre la diversidad étnica-nacional, la problemática racial y la discriminación, acerca de los géneros, las generaciones, los multiplicidades sexuales, las creencias y religiones; la ecología o el medio ambiente, acerca de las minorías y sus derechos, la acción afirmativa, los derechos civiles; sobre las fronteras porosas y la transfronterización, los multiculturalismos, la poscolonialidad, la poshistoria, la neohistoria, entre otros temas y problemas de gran actualidad. Rehaciéndolo casi todo a través de una tamización y matización de los estudios y resultados alcanzados en cualquier lugar del orbe, desempeñando un enorme papel en esa reelaboración y relectura los centros académicos e intelectuales del primer mundo con sus numerosas escuelas, sociológicas en esencia, y miniescuelas como la etnometodología, el interaccionismo simbólico, el neopositivismo, el neoparsonianismo, etc., por lo que culminan ofreciendo estas teorías, conceptualizaciones y términos con una nueva empacadura, con un retorcido significado a través, en parte, del “lenguaje de lo políticamente correcto”, una de las más eficaces herramientas de la extrema derecha de los EE.UU., expandida posteriormente hacia sus partners internacionales.

Conocen y parecen comprender tan bien la realidad que les circunda que no fue nada raro que en 1998, el Times Literary Supplement, de Londres, en ocasión del aniversario del Manifiesto Comunista, publicara una foto de Carlos Marx, y una leyenda que decía “Not dead yet”, lo que significa en español “Todavía no está muerto”; y la revista estadounidense New Yorker, culminó su cobertura en ese mismo año con una pregunta dubitativa, propia de una inquietud pasmosa pero al mismo tiempo diagnosticadora, “¿No será Marx el pensador del siglo XXI?”. Una década después los libros del “Prometeo de Treveris” -

principalmente El Manifiesto Comunista y El Capital- comenzaron a ser nuevamente editados en los países capitalistas ante la demanda existente, dada la crisis estructural sistémica del modo de producción que lo azota desde el 2006-2007, y que aún proseguirá por un largo tiempo, para releer en los textos el funcionamiento del sistema y sus fallas. Era la invocación de Marx para salvar al capitalismo. Una “misión imposible” porque Marx lo criticó tan despiadadamente que nunca halló solución a sus problemas y sí escribió que su destrucción y sustitución por el comunismo, era la única salvación de la humanidad.

No es casual entonces que, en ese mismo año, el furibundo anticomunista Zbigniew Brzezinski, un representante genuino de esos tanques pensantes imperialistas, escribió de forma despectiva y brutal que “[...] los tres grandes imperativos de la estrategia geopolítica son impedir las confabulaciones y mantener a los vasallos dependientes en lo que respecta a su seguridad, conservar dóciles a los que pagan tributo y evitar que los bárbaros se junten” (7)

El “lenguaje políticamente correcto” consiste en el conjunto de palabras, ideas, políticas o comportamientos que intentan minimizar las ofensas que habitualmente se cometen al usar el lenguaje común, muy contaminado de las ideas dominantes y hegemónicas precedentes, pero que sigue los patrones que se irían reproduciendo e imponiendo en la academia, la política y en el sentido común de todos los ciudadanos planetarios, dirigido fundamentalmente a los jóvenes y otros sectores poblaciones más vulnerables. Y por supuesto, al margen también, se escribiría sobre lo “políticamente incorrecto” como forma de defender lo que se pretendía imponer. (8)

El innovador moderno del término de “guerras culturales” lo fue James Davison Hunter, en su libro Culture Wars: The Struggle to Define America, de 1992, y la definió de la siguiente manera, ellas son “[...] una metáfora utilizada para dejar establecido que los conflictos políticos tienen su base en un conjunto de valores conflictivos, especialmente entre los considerados tradicionales o conservadores y aquellos definidos como progresistas o liberales”. (9) Y en esta propuesta de conceptualización, Hunter deja bien claro que los grupos enfrentados en la sociedad no lo hacen en la actualidad por su pertenencia específica a un tipo de religión, etnia o agrupación política, ni siquiera por ser representantes de una misma clase social; se trata de más bien de una refinada adscripción a posiciones ideológicas que no reflejan ya, de manera mecánica, los orígenes clasistas de quienes las profesan.

El profesor estadounidense, en su extraña dialéctica, no estaba tan errado como aparenta si lo confrontamos con las explicaciones ortodoxas de los manuales anquilosados de la izquierda (hasta del marxismo truncado y escolástico) que lo remitía todo al más férreo reduccionismo clasista-obrerista y al economicismo más estrecho. Sin embargo, Hunter tampoco dejó mucho espacio para las luchas de clases que están detrás, delante o a los lados de cualquier confrontación ideopolítica, socioeconómica y cultural en las sociedades modernas. Estaba, paralelamente, siguiendo las huellas de Daniel Bell, Francis Fukuyama y Samuel Huntington y otros tantos que profetizaron por diferentes vías el fin de las ideologías, la historia, las utopías y la futura confrontación de las civilizaciones a través de las culturas y religiones.

Para los ideólogos del imperialismo transnacional internacional de nuestros días está muy diáfano definido que ya no son únicamente las fronteras terrestres, aéreas y marítimas las que deben ser vulneradas físicamente, no son solamente ejércitos enemigos a los que hay que derrotar en el campo de batalla de manera frontal, ni obligar exclusivamente por medio de la fuerza brutal al sometimiento de naciones y pueblos enteros para lograr el dominio de las metrópolis del capital, tan caras para los agresores cuando las intervenciones-ocupaciones en tierra firme promueven movimientos armados irregulares casi siempre apoyados por una gran base social-popular que desgastan hasta el infinito a los agresores. Aunque esa opción no es descartable si la situación la merece.

El ejemplo reciente del monto monetario y de vidas humanas por las aventuras bélicas de EE.UU., en Irak y Afganistán, veinte años después de iniciadas, brindan elementos suficientes para la valoración; las operaciones han costado 1,283 billones de dólares (según informe del Servicio de Investigaciones del Congreso -CRS); más de 6 mil militares perdieron la vida y alrededor de 45 mil resultaron heridos; los gastos médicos para los ex-combatientes llegarán al billón de dólares en los próximos cuarenta años (lo afirma un estudio de la Universidad de Brown); dos tercios de los soldados participantes en esos conflictos sufren heridas invisibles como el síndrome del estrés postraumático y experimentan diversas enfermedades (recordar que EE.UU. ha utilizado uranio empobrecido -radioactivo- en sus proyectiles) y problemas psicológicos, lo que provocan alarmantes números de suicidios (“heridas de balas auto-infligidas” le denominan cínica y eufemísticamente) en sus fuerzas armadas. Y algo que ya han precisado especialistas militares de alto rango: está presente una fatiga, un desgaste y un posible punto de ruptura de ese ejército que está preparado para guerras convencionales, no así para las asimétricas e irregulares, ni tampoco para conflictos interminables, porque la cantidad de años en combate extenua a las unidades regulares y las reservas, y los ciclos de rotación para renovar los soldados en el frente de batalla son cada vez más cortos e inmediatos.

Lo que no obvia -el garrote sigue siendo muy pesado para que lo olviden las naciones y pueblos del Sur geopolítico- que los recursos materiales (naturales, humanos e intangibles) deben ser asegurados con fuerzas armadas, aparatos de inteligencia y “agencias de seguridad privadas” -donde los “soldados de fortuna” serían los encargados de cumplir las tareas militares- cada vez más sofisticadas que permitan la ocupación temporal de los territorios que se apetecen (las bases militares que instalan hacen definitivo su dominio, movilidad y acceso a cualquier parte donde sientan en riesgos sus intereses), con el fin de asegurar la extracción-explotación y expropiación-robo descarnado de esas riquezas que abarcan desde las tierras, los recursos humanos, energéticos, forestales y el agua, hasta el aire y los denominados metales raros que hoy se usan en las tecnologías de avanzada.

Las guerras de Irak y Afganistán, transmitidas en tiempo real con imágenes y audio manipulados por el propio Pentágono (hoy se conoce, y se reconoce, que los periodistas fueron utilizados maniqueamente), más los ataques a Pakistán con los drones “Predator”, aviones no tripulados y operados a control remoto que cumplen también funciones de inteligencia, y la operación de los

“invencibles” SEALs (el denominado “Team 6”, cuerpo especial de la marina) para matar a su antiguo aliado antisoviético, Osama Bin Laden, son muestra de la necesidad de desplegar tropas en el territorio considerado enemigo.

El asesinato del terrorista mundial número uno para EE.UU., sin ofrecer siquiera resistencia salvo la de una mujer que se dice puso su cuerpo delante de los disparos de los marines contra su líder, en un supuesto bunker (lo pusieron al inicio como una mansión con todos los dispositivos de seguridad) que no poseía defensa personal especial alguna; la rápida identificación de su ADN en menos de 24 horas; el cuerpo tirado al mar desde un buque de guerra de EE.UU., sin muchos testigos, después que, según el grupo del gabinete de la Casa Blanca (el cual monitoreó en vivo las acciones del team), recibió una despedida religiosa, en árabe, del Corán -otra interrogación-, se convierte en otra historia difícil de creer. Era la tercera o cuarta vez que el dirigente talibán moría -se sabía que estaba muy enfermo-, incluso se pensaba que ya había sido aniquilado por los intensos bombardeos yanquis, que el individuo poseía muchos dobles y que aparecía insistentemente en videos cuando se trataba de insuflar miedo en los EE.UU., etc.

Pero lo más llamativo del operativo fue que la acción violadora de la integridad independiente y soberana pakistani, porque no se puso al tanto al gobierno, las fuerzas armadas y la inteligencia de ese país por temores que estuvieran confabuladas con el terrorista -su supuesto e increíble escondite se encontraba muy cercano a una importante instalación militar de esa nación-, hizo subir en las encuestas de popularidad al presidente Obama, cuando la crisis interna le hacía perder partidarios a un año de las elecciones presidenciales, y en una total pérdida de la iniciativa política contra la ofensiva de la derecha republicana y demócrata, más el Tea Party. Al auto declararse el vengador del autor intelectual de los atentados del 11S, sin necesidad de mediar un juicio normal y justo, Obama recuperó algún terreno en las encuestas de aprobación. Además de ser acusado de cobardía política contra la acción de los neoconservadores, salía como un superhéroe popular y de algunos políticos estadounidenses, al dar muerte a Bin Laden, hecho que no pudo realizar su antecesor, George W. Bush.

Un dato reciente, del 3 de septiembre de 2011, revelado en The Washington Post, declara que el Comando Conjunto de Operaciones Especiales de Estados Unidos, (conocido con el acrónimo de JSOC), el grupo militar de élite, ha pasado de tener unos 1,800 miembros antes de los atentados del 11S a un máximo de 25,000 con autoridad para hacer incursiones letales y misiones de inteligencia. “La CIA no tiene el tamaño o la autoridad para hacer algunas de las cosas que nosotros podemos hacer”, reveló al diario un miembro no identificado del comando. Este grupo creado por Donald Rumsfeld, tiene su división de inteligencia, aviones no tripulados y de reconocimiento, satélites propios y hasta sus “ciberguerreros”...

En los diferentes escenarios reales e imaginados se enseña al público nacional e internacional los acontecimientos bélicos como confrontaciones directas entre fuerzas armadas de un lado y del otro; y la masacre continuada de personas inocentes se cubre bajo la denominación de “daños colaterales”. Las intervenciones militares humanitarias, preventivas y sorpresivas se justifican con la falacia mil veces repetida de la “protección de la vida de los civiles”, con el

pretexto de la lucha contra el terrorismo, las dictaduras, la posesión de armas de destrucción masiva y, además, la promoción de la democracia ante regímenes autocráticos y totalitarios que deben asumir, porque poseen civilizaciones bárbaras-salvajes, un proyecto “real de sociedad civil” que les permita la libertad de expresión, de prensa, huelga, el pluripartidismo y otras tantas “verdades” del mundo occidental capitalista, ahora transformadas en universales.

Según Ken Hincker, en su reseña del libro de James Davison Hunter, las guerras culturales remiten al análisis de dos cuestiones determinantes: al tema de la legitimidad de un sistema social, de un gobierno, de una clase o de un conjunto de creencias; y al asunto de la autoridad moral y por tanto, del derecho y la razón. Entonces, no basta con vencer, de lo que se trata es de convencer, la victoria no solo pasa por arrebatar la capacidad de resistencia e iniciativa, sino en más bien lograr su voluntaria rendición y supeditación espiritual. Se habla más de transacciones, de negociaciones (impositivas a la larga) ideopolíticas y culturales donde la astucia y la capacidad para vender un modelo de vida y gobierno, de valores y creencias sean los factores del éxito. No se creen en los valores de la tolerancia y la convivencia con otras culturas, se está proponiendo un modelo y proceso de aculturación y deculturación para a la larga imponer la cultura propia occidental.

Se conviene en colocar, en accionar multifacético, el principio de la “ingeniería del consenso”, concepto elaborado por el estadounidense Edward Louis Bernays en su texto de 1947, *The Engineering of Consent*, en el cual expuso que la misma “[...] es la esencia primordial en los procesos democráticos, es la libertad de persuadir y sugerir”. (10) Y ello implica la necesidad de saturar el mercado de la información con ideas preconcebidas sobre lo que se desea como reacción de la opinión pública y el uso de la sacudida emocional para llegar a la elección racional aunque no sea justa. La propaganda no necesariamente debe imponer una opinión pero si remover de tal manera los sentimientos, mediante imágenes y textos bien seleccionados, para que el espectador y el lector arribe, obligatoriamente, a las conclusiones deseadas de antemano y, finalmente, debe lograrse la demonización del enemigo lo cual se alcanza a través de la exaltación y manipulación de las opiniones patriotas, chauvinistas y xenofóbicas en la mayoría de los casos, haciendo uso de los esquemas o clichés mentales, estimulados por detallados recuentos de las “atrocidades” y “masacres” que comete el adversario.

A ese arsenal de ideas malintencionadamente dirigidas, el destacado lingüista y politólogo estadounidense Noam Chomsky, ha agregado otras formas comunicacionales manipuladoras, a saber: la estrategia de la distracción; crear problemas y después ofrecer soluciones; la estrategia de la gradualidad; la estrategia de diferir; dirigirse al público como a criaturas de poca edad; utilizar el aspecto emocional mucho más que la reflexión; mantener al público en la ignorancia y la mediocridad; estimular al público a ser complaciente con la mediocridad; reforzar la auto culpabilidad; y, conocer a los individuos mejor de lo que se conocen ellos mismos. (11) Asimismo, Felson Yajure, miembro político del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) también hizo un aporte al agregar otras cinco formas de manipulación: el ocultamiento de la verdad y que los intereses económicos son la causa; ubicar a la víctima como la agresora y

culpable y al agresor como el defensor de la justicia; desprestigiar a las víctimas; monopolizar la información; y omitir, obviar e ignorar la historia. (12)

Las guerras culturales expanden su campo de acción como preámbulo o continuación de las guerras por otros medios. Un remedo contemporáneo de la frase de Kart von Clausewitz. Una de las piedras angulares de la efectividad de las penetraciones e injerencias físicas, morales y culturales se encuentra en el nivel de conciencia ideológica, política y ética-cultural que posean las sociedades a las que intentan someter a través de esas guerras de variado tipo. Las elites de poder capitalistas transnacionales someten a un frío estudio calculador y a una medición constante, la “temperatura” sociológica y política de las contradicciones y valores que evolucionan conflictivamente en los Estados naciones que se desean conquistar y recolonizar; así como indagan acuciosamente los grados de violación de la legalidad, la corrupción presente, el estado de las cifras delincuenciales -aunque sean comunes-, los niveles de inconformidad, descontento, escepticismo y la pérdida de expectativas presentes y futuras de los disímiles grupos y sectores poblacionales, más la detección de los focos agudos de tensiones internos, todos los cuales se convierten en indicadores a los que dirigen los esfuerzos de su propaganda, que responden a las interrogantes de cómo deben ser “trabajados” y explotados por las guerras psicológicas, de ideas y las culturales. Una veces utilizan las causas, otras los efectos, que alentarían y provocarían desordenes no tan aislados, desestabilizaciones más articuladas y el aprovechamiento oportunista de brindar ayuda en la labor de ablandamiento de los cuerpos sociales hasta llegar a la desgovernabilidad.

Asimismo, no escapan de los radares políticos de las guerras culturales contemporáneas la existencia y aprovechamiento de las mediocridades humanas, los individualismos, las ambiciones, la codicia, los egoísmos, los fatuos protagonismos y egocentrías, las vanidades, el afán de lucro, las ansias de poseer riquezas desmedidas y el deseo de ostentarlas, los privilegios “obtenidos” muy por encima de lo que realmente se obtiene a través del trabajo y con una diferencia abismal con respecto a lo que tienen los demás miembros de la sociedad, los beneficios mal habidos, la pérdida del colectivismo y la solidaridad. Todos los defectos y miserias humanas son “materia prima” de primera mano para la faena sucia de las agencias de inteligencia que buscan en esas quiebras morales y espirituales de distintos clases y grupos, sectores y estamentos de la sociedad las formas de irrumpirlas con los modelos de la sociedad consumista derrochadora, el sueño y el modo de vida norteamericano, con el consiguiente establecimiento de “cabezas de playa” y “caballos troyanos” que sirvan para debilitar y destruir sistemas políticos considerados hostiles a los centros de poder del modo de producción capitalista.

A la par, grandes sumas de dinero son enviados abierta y subrepticamente al interior de los Estados naciones que se desean doblegar con el fin de pagar, sobornar y corromper a grandes grupos de personas, seleccionando a dirigentes políticos y sociales de todos los niveles, empresarios públicos y privados, jóvenes, intelectuales, oficiales de las fuerzas armadas y de la seguridad. El gran objetivo es diezmarlos, cooptarlos y convertirlos en dobles agentes. En esas computadas guerras también se avalan las infiltraciones de agentes especiales -muchas veces encubiertos por fundaciones y asociaciones no gubernamentales-

para introducir propaganda subversiva, medios de comunicación eficaces y la realización-promoción de actividades desestabilizadoras.

Las deserciones, traiciones y cambios de bandos que se han apreciado en algunas altas figuras políticas, militares, entre otras, en las guerras de Irak y Libia, son elocuentes ejemplos de la labor previa de zapa, erosiva, de división y compra de posicionamientos políticos y éticas individuales que muestran, más que todo, los raquitismos ideológicos y políticos de esos que antes defendían lo que ahora abandonan y atacan.

Tales variados arsenales están contenidos ad hoc en esa “ingeniería del consenso”, a la cual el ensayista chileno Diego Cerda denominó, acertadamente, como la PsyWar y la “construcción artificiosa del mundo” desde el poder corporativo y de los gobiernos, (13) lo cual significa nada más y nada menos que la más prolongada campaña de mercadeo de las ideas que ha desplegado el imperialismo, encabezado por los EE.UU., desde el siglo pasado hasta la actualidad.

Se persigue el propósito de vender engañosamente las “bondades del capitalismo a través de un ropaje glamoroso y repleto de modernidad”, ahora de post-modernidad y contrapuesto a las tradiciones, las viejas costumbres, mitos y ritos considerados ortodoxos, anticuados y obsoletos. Porque se trata de derrotar en el terreno de las ideas a todas las alternativas que se contrapongan a su dominio y hegemonía mediante el deslumbramiento y la persuasión, la manipulación del subconsciente -hasta la sublimación y la virtualización de la realidad-, la usurpación del imaginario colectivo de las diferentes diversidades existentes, ocultar el epistemicidio de saberes y conocimientos que se comete con aquellos que no pueden adocenar, así como la recolonización de las utopías redentoras y libertarias del socialismo, del marxismo y la izquierda revolucionaria, los movimientos sociales y políticos opcionales, especialmente los anti sistémicos, por lo cual sus discursos y métodos se dirigen contra civilizaciones, formaciones culturales y religiosas que no se avienen al modo de ser, pensar y accionar occidental eurocéntrico y norteamericanizador.

El ataque psicológico y cultural solapado de las fuerzas del capital transnacional es de tal alcance que se puede lograr, como consecuencia, un efecto paradójico y alarmante para las seleccionadas víctimas, el hecho de que estas lleguen a comprender y compartir la i-lógica y la i-racionalidad de sus perversos victimarios. Son signos más que evidentes de la capitalización transnacionalizada del planeta a través de la imagen simbólica y real de la “MacDonalización”, la “Disneylandización”, la “Hollywoodización” y la “Waltmarkterización” de la vida cotidiana enfrentada a toda forma de autonomía, soberanía y democracia. (14)

Uno de los pensadores más eufóricos acerca de la victoria cultural de los EE.UU., recién transcurrida la Segunda Guerra Mundial, Reinhold Wagnleitner, expresó con razón que los mitos, los mensajes y la ideología de Hollywood funcionaron como el más poderoso inventario iconográfico del capitalismo norteamericano, y que gracias a esa industria cinematográfica se llevó a cabo un proceso misticador que permitió hacer pasar la ideología consumista del capitalismo como si fuese la insignia de una verdad intelectual. Añadiendo,

simbólicamente, que ese fue el triunfo de la “Doctrina Marilyn Monroe” -para Europa- tal como lo fue la doctrina del presidente James Monroe (1823) para el hemisferio americano. (15)

Con sus actualizaciones respectivas, estas afirmaciones pueden adecuarse a las condiciones socio históricas actuales y al desarrollo perfeccionado de las guerras culturales por parte de los neoconservadores estadounidenses, regionales e internacionales. Según algunos especialistas que estudian el surgimiento y la evolución de la corriente neoconservadora afirman, unilateralmente, que éste apareció a la luz pública como consecuencia de la necesaria respuesta ante el movimiento contracultural de los años 60 de la pasada centuria, el cual mucho debió a las posturas asumidas por liberales honestos, aunque también es cierto que estuvieron involucrados sectores y organizaciones de izquierda, la nueva izquierda, que deseaban una transformación más radical.

Con medias verdades y medias mentiras se nos propone una lectura, por cierto muy bien amañada, de aquellos acontecimientos que tuvieron su explosión en el ya lejano “Mayo Francés”, de 1968 (aunque hubo revueltas en muchas ciudades del mundo, y en América Latina resonó con fuerza en octubre de ese año, el “Tlatelolco mexicano”), pero que tienen ascendencia en el momento actual que vivimos. (16) La alusión enrevesada históricamente y la omisión intencional de ese renacimiento conservador lo realizó una de las mentes más inteligentes de la política y la academia estadounidense, la señora Jeanne Kirpatrick, representante permanente en la ONU del gobierno de Ronald Reagan (1980-1988) e investigadora además de mérito del American Enterprise Institute. La Kirpatrick ignora y acalla la verdad con conocimiento de causa. Oculta el nacimiento real del neoconservadurismo como producto de la confrontación capitalismo vs. socialismo y el auge de las luchas nacional-liberadoras del Sur geopolítico, en los años pre y posbélicos a 1941-1945. Peor aún, no relata que de los conversos de izquierda salieron sus más connotados representantes. Y lo presenta como la respuesta inevitable, la mutación forzada de esos librepensadores a los que no les quedó más remedio que robustecer sus dogmas y extralimitarse en su reaccionarismo como forma de defender a los EE.UU. y el mundo libre del peligro del comunismo en los años 60.

No parece recordar, sin embargo, la susodicha pensadora burguesa que tal contraofensiva conservadora, reaccionaria y agresiva de la derecha norteamericana e internacional fue dirigida no solo contra el comunismo, sino frente a las fuerzas de liberación nacional, la clase obrera y sus conquistas alcanzadas tras duras luchas, los movimientos anticolonialistas, los defensores de los derechos civiles, de las minorías étnicas y los negros, que no solo incluían al segregacionismo y la discriminación presente en los EE.UU., sino también al Apartheid en Sudáfrica y en otras zonas del planeta, al antibelicismo de esos años simbolizado en la guerra de Vietnam y el incipiente movimiento a favor de la ecología, etc.

Ni siquiera menciona al tenebroso Programa COINTELPRO, -guerra que lanzó el gobierno de EE.UU. a lo interno de su propio país-; mucho menos reconoce que ese plan se redireccionó además hacia los gobiernos progresistas, nacionalistas, populistas y democráticos (sin hacer distinciones entre si eran comunistas o no, como fue el caso de Domingo Perón, en la Argentina de 1955)

que, según las reglas de las elites de poder oligárquicas burguesas, estaban saliéndose de la órbita de Washington y sus aliados. No se mencionan tampoco antecedentes como el apoyo sutil -con un neutralismo cómplice- al fascismo italiano, el nazi fascismo alemán y, en especial, al falangismo español; el golpe de Estado en Irán (1953); la agresión militar de la OEA, bajo el asesoramiento de la CIA, a la Guatemala de Jacobo Arbenz, 1954, entre otros. Más aun, se encubre la “Operación Cóndor”, la preparación y ejecución del golpe de estado militar contra el legítimo gobierno de Salvador Allende, en Chile (1973), y las llamadas “guerras de baja intensidad” frente a los movimientos guerrilleros en Centroamérica y, en especial, contra la triunfante Revolución Sandinista de 1979. Y se produce la magia selectiva, son solo los sucesos de la fatídica invasión militar soviética sobre Checoslovaquia, la privilegiada “primavera de Praga, los que salen a la luz pública como el símbolo de la injerencia, violación de las leyes y normas internacionales y la defensa de las “zonas de influencias rusas” en la Europa del Este, como si la otra parte no hubiera agredido a nadie y no tuviera también bien delimitadas sus fronteras capitalistas intocables.

De todas formas la elaboración de esta idea cercenada constituyó un peligroso intento, entre muchos, de reivindicar lo “liberal” para definir lo “conservador” y una meridiana demostración de cómo los conservadores y neoconservadores pueden macerar, pervertir y adocnar el lenguaje y el pensamiento con un acto de prestidigitación conceptual que, diciendo defender lo que ataca y afirmar lo que se niega hace todo lo contrario, desorientando a las grandes masas populares e incluso a los intelectuales planetarios, muchos de los cuales son timados y luego cooptados, lográndose una estratégica victoria a favor de las hegemonía del capital transnacional.

Fue una menuda manera de demostrar con el reverso lo que hacen en la realidad, el culto a la utilización de la fuerza bruta, el despliegue de guerras de todo tipo y escalas posibles, la denodada defensa del aumento de los gastos militares y la intromisión en las vidas privadas de los ciudadanos de su país y de otros a través de la manoseada coartada de la seguridad nacional, asumiendo el derecho a la agresión directa en cualquier “oscuro rincón del mundo” por considerarse mesiánicamente los gendarmes mundiales, desplegando ataques preventivos, sorpresivos, selectivos o masivos, contra cualquier país si peligran los intereses del mundo libre capitalista occidental pero, presentándose a la vez al público como arcángeles de la paz mundial, de los mejores valores y las más excelsas virtudes humanas.

Sin embargo, las guerras de agresión llevadas a cabo por los EE.UU., la Organización del Atlántico Norte (OTAN) y otras naciones -en extrañas coaliciones alcanzadas- y solo desde 1989 hasta nuestros días, arrojan un escalofriante censo: contra Panamá, Irak (dos veces), Yugoslavia (dividida además en varios Estados por el violento separatismo interno, apoyado y promocionado por el occidente imperialista), Afganistán, Haití (por dos ocasiones), Somalia, Sudán (ya dividida en dos naciones) y Libia, más recientemente.

Otros conflictos bélicos parecen excluirse del término guerra y son, sin embargo, donde se suceden constantemente bombardeos aéreos y marítimos, agresiones e infiltraciones armadas terrestres y numerosos muertos, asesinatos y heridos en

masa: ellos son las confrontaciones contra los palestinos, los saharauies y los libaneses, los propios territorios fronterizos de Pakistán con Afganistán, por citar algunos ejemplos. Y estas injerencias se realizan bajo la justificación de una “guerra humanitaria preventiva”.

Un artículo de Nick Turse, historiador, ensayista y periodista de investigación, titulado “Una guerra secreta en 120 países”, y publicado en Alternet.org y TomDispatch.com, confirma a través de fuentes confiables que actualmente se desarrollan 120 guerras secretas en el mundo, bajo la infiltración de comandos especiales estadounidenses. En el se puede leer “[...]El pasado año, Karen De Young y Greg Jaffe, del Washington Post, informaron de que las Fuerzas de las Operaciones Especiales de EEUU estaban desplegadas en 75 países, subiendo hasta esa cifra desde los 60 que eran a finales de la presidencia de George W Bush. El portavoz del Mando de dichas Operaciones Especiales Tim Nye me dijo que, para últimos de este año, la cifra probablemente llegará a 120. “No paramos de movernos, no se trata solo de Afganistán o de Irak”, dijo recientemente. Esta presencia global-aproximadamente en el 60% de las naciones del mundo y muchísimo más amplia de lo que anteriormente se reconocía- proporciona una nueva y sorprendente prueba de la existencia de una creciente elite de poder clandestina dentro del Pentágono que está emprendiendo una guerra secreta por todas las esquinas del planeta. (17)

Esa doctrina política-militar de presión, chantaje y amenaza de agresión se despliega también sobre Irán, Corea del Norte y hace unas pocas semanas contra Siria, identificadas y acusadas como naciones terroristas, miembros del “Eje del Mal”, poseedoras o no de armas nucleares, pero consideradas como peligros evidentes para la seguridad y la paz regional y mundial.

Y tales ideas elaboradas para engatusar y embrollar se reafirman a través de las aseveraciones complicadísimas de un grupo de fundadores e ideólogos del neoconservadurismo estadounidense. Así se expresa Joshua Muravchik “[...] Después de 60 años de existencia, la ONU ha fracasado. Ella constituye un monumento al idealismo de Estados Unidos. El idealismo norteamericano ha aportado algunas cosas buenas al mundo, como por ejemplo, el fin del colonialismo, el ascenso de los Derechos Humanos y la propagación de la democracia (...)”; (18) o Samuel Huntington “[...]El futuro de Estados Unidos y de Occidente depende de que los norteamericanos reafirmen su compromiso con Occidente [...]que rechacen los cantos de sirena del multiculturalismo o de la diversidad cultural [...]”; (19) o también Condoleezza Rice “[...] defenderemos la paz previniendo y enfrentando la violencia de los terroristas y de los regímenes forajidos; preservamos la paz mediante el fortalecimiento de las relaciones con las grandes potencias mundiales; y extenderemos la paz llevando los beneficios de la libertad y la prosperidad por el mundo[...]”; (20) y, para terminar, Karlyn Bowman, quien retomando otras ideas escribió que “[...] Irving Kristol ha dicho que no existe una doctrina neoconservadora sobre las relaciones internacionales, sólo un conjunto de actitudes que incluye un profundo amor por nuestro país, desconfianza hacia todo intento de crear un gobierno mundial, una clara percepción de quiénes son nuestros amigos y nuestros enemigos, la preocupación por el logro de una defensa musculosa fuerte, y el deseo de llevar a buen término el proyecto de convertir a Estados Unidos en la primera y única superpotencia mundial [...]”. (21)

Sin comentarios, a no ser que advirtamos en la lectura cuidadosa, crítica y entre líneas que debe realizarse de estos textos y discursos, lo que se necesita para comprender lo que dijeron y como lo expresaron definitivamente, añadiéndole los contenidos de la realidad objetiva y subjetiva existente. Tarea de un lector acucioso y preparado educacional y culturalmente, con una mente crítica política avezada, pero por sobre todo sincera, honesta y fiel a la causa de los explotados y oprimidos del mundo.

Notas y bibliografía.

- (1) Frances Stonor Saunders La CIA y la guerra fría cultural, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003; Eliades Acosta Matos El Apocalipsis según San George, Casa Editora Abril, La Habana, 2005; y Siglo XX: Intelectuales Militantes, Casa Editora Abril, La Habana, 2007.
- (2) Eliades Acosta Matos Imperialismo del siglo XXI: Las Guerras Culturales, Casa Editora Abril, La Habana, 2009, p. 12.
- (3) Ignacio Ramonet El Pensamiento único, Le Monde Diplomatique, Enero de 1995.
- (4) Boaventura de Souza Santos Reinventar la democracia. Reinventar el Estado, Editorial José Martí, La Habana, 2005; Daniel Mato Thinks Tanks. Fundaciones y profesionales en la promoción de ideas (neo) liberales en América Latina, en Cultura y neoliberalismo, Alejandro Grimson (compilador), CLACSO, Buenos Aires, 2007.
- (5) Orlando Cruz Capote La Reunión del Grupo de los 20: Una mirada personal y polémica, Lapolillacubana.cu, miércoles, 1ro de abril de 2009, La Habana, Cuba; Pepe Escobar Por qué los Brics no “salvaran” a Europa, Asia Times Online, en Rebelión, 21 de septiembre de 2011, http://www.atimes.com/atimes/Global_Economy/MI21Dj04.html.
- (6) Gilberto Valdéz Gutiérrez Posneoliberalismo y movimientos antisistémicos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009.
- (7) Zbigniew Brzezinski El gran tablero de ajedrez: la primacía norteamericana y sus imperativos, Basics Books, New York, 1997, P. 97.
- (8) Richard J. Bernstein Ideas & Trends; The Rising Hegemony of the Politically Correct, en New York Times, 28 de octubre 1990.
- (9) James Davison Hunter Culture Wars: The Struggle to Define America, New York, Basic Books, 1992, en http://en.wikipedia.org/wiki/culture_war.
- (10) Edward Louis Bernays The Engineering of Consent, U.S.A., 1947; en http://wikipedia.org/wiki/Edward_Bernays.
- (11) Noam Chomsky “Estrategias de Manipulación”, en “Armas Silenciosas para Guerras Tranquilas”, cita del texto, en, <http://www.yohandry.com/index.php/component/content/article/61-estados-unidos/386-10-formas-distintas-de-manipulacion-mediatica>.
- (12) Felson Yajure Cinco Estrategias Comunicacionales de Guerra de Estados Unidos, en Aporrea, (digital) 11 de agosto de 2011, Venezuela.
- (13) Diego Cerda Seguel La inteligencia y los guionistas de la realidad: el devenir artificioso del mundo, en, <http://revista.escaner.cl/nod/160>.
- (14) Benjamin Barber Hacia una sociedad universal de consumidores. Cultura McWorld contra democracia, en La Gaceta de Cuba, No. 6, Nov-Dic., La Habana, 2001.

- (15) Reinhold Wagnleitner American Cultural Diplomacy, the cinema, ad the Cold War in Central Europe, Annals of the America Academy of Polical and Social Sciences, Issue 254, 1947, pp. 31-36.
- (16) Carlos Antonio Aguirre Rojas Para comprender el mundo actual. Una gramática de larga duración, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cuba Juan Marinello, La Habana, 2003.
- (17) Nick Turse Una guerra secreta en 120 países, en Alternet.org y TomDispatch.com, 7 de agosto de 2011, tomado de rebelión.org., 27 de agosto de 2011.
- (18) Joshua Muravchik The future o the United Nations, American Enterprise Institute, AIE Press, U.S.A., 2005.
- (19) Samuel Huntigton The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order, Touschtone Books, U.S.A., 1997.
- (20) Condoleeza Rice The Necon Reader,Grove Press, New York, 2004.
- (21) Karlyn Bowman The Neon Reader, Idem.

*Dr. Orlando Cruz Capote, Investigador Auxiliar, Instituto de Filosofía, Cuba